

vada que le dio vida, o fracasará si se la falsea o encanalla, pero la idea primitiva, pura, permanecerá inmutable como faro incommovible que alumbrará otras valientes singladuras a través del mar tempestuoso de las pasiones humanas.

No obstante, en el misterioso acaecer histórico se suceden períodos en que aparece desmentida esa necesidad de ética como garantía de estabilidad en la marcha ascendente hacia el progreso, y, ciertamente, conocemos grandes conmociones, verdaderos cataclismos en la historia de la humanidad, que no pueden pasar como modelos de exaltación de valores espirituales sino como el triunfo de la ambición, de la brutalidad, de la rapiña, y perduran durante siglos marcando catastróficos retrocesos en el camino de la civilización. Aun hoy mismo nos vienen del Oriente concepciones del mundo y de la vida que son la negación rotunda de los más elementales postulados éticos, conducidos por movimientos revolucionarios donde actúan como fuerzas motrices un odio inextinguible, un subterráneo rencor, y como armas de combate la mentira en la propaganda, la deslealtad en los tratados y la crueldad en la represión.

Nos llevaría muy lejos tratar de profundizar en esta aparente contradicción; pero desde luego puede afirmarse de acuerdo con la teoría de Vico de los *corsi* y *ricorsi*, que el camino en que el hombre anhelante de felicidad busca su perfección no es una línea recta continuamente ascendente. Existen en ella frecuentes puntos de inflexión y hasta de retroceso, tras de los cuales desaparece todo lo erróneo y perjudicial, quedando solo lo incuestionablemente útil al progreso. Nada de cuanto se opone a los eternos dictados de la moral es largamente duradero. Imperios, civilizaciones que no se fundaron en ellos lograron en un momento ser poderosísimos y creerse dueños del mundo, mas no perduraron porque llevaban en sí mismos el germen de su disolución. Tales los grandes imperios asiáticos, Egipto, Roma, etc. Y cuando en ese oscuro camino aparece la luz de la verdad, ésta permanece sin debilitarse más de veinte siglos y aumenta constantemente su fulgor en el lento fluir de las culturas y los pueblos.

Luis RODRIGUEZ-ARIAS BERNALDEZ



## RECUERDOS

# El Ama

Por Miguel MUÑOZ DE SAN PEDRO  
Conde de Canilleros

**V**O no traté ni conocí al poeta José María Gabriel y Galán; no pude tratarle, porque la fecha de su muerte —6 de Enero de 1905— cae dentro de mi más tierna infancia. De sus poesías sí supe muy pronto. Creo que fueron las primeras que leí en mi vida. Su fama en Extremadura durante mi niñez, no tenía límites. Todo el mundo recitaba sus versos de memoria, y yo también los recité desde muy pequeño.

No conocí al poeta, al que por ello no puedo hacer un hueco en estos recuerdos de trato personal; sin embargo, conocí y traté mucho a su viuda, doña Desideria García Gascón, que, aunque por sí no tenga destaque, por reflejo del esposo merece ser recordada.

Era yo un muchacho cuando conocí a los hijos del poeta, Jesús y Juan, con los que pronto me unió una amistad cordialísima. El menor de los dos era mi condiscípulo en los comienzos de la carrera de Derecho. Invitado por ellos fui a Guijo de Granadilla, el pequeño pueblecito de la provincia de Cáceres, en el que residía su madre y en el que su padre vivió y está enterrado. Fue en los días de la Nochebuena de 1920.

Conocí entonces a doña Desideria, que ha muerto octogenaria, en Madrid, el 11 de Septiembre de 1954, casi medio siglo después que su esposo, en los momentos en que Extremadura y Salamanca se disponían a conmemorar el cincuentenario del fallecimiento del poeta.

La viuda de Gabriel y Galán que yo conocí en 1920, era, sin duda alguna, el tipo de «El Ama», inmortalizado por su marido:

«Una sencilla labradora, humilde,  
hija de oscura castellana aldea;  
una mujer trabajadora, honrada,  
cristiana, amable, cariñosa y seria».

Ella, nacida en Extremadura, no en Castilla, que sobrevivió al esposo en medio siglo, no fue la musa inspiradora de la hermosísima elegía, en la que se canta la muerte del ama, de la dueña y señora de la casa. Esta composición, premiada en 1901 en los Juegos Florales de Salamanca, se la inspiró a Galán el fallecimiento de su madre, siendo inexplicable que en las notas necrológicas de doña Desideria, la prensa española la haya citado como musa de «El Ama».

No fue la que inspiró la elegía; pero ella era la perfecta reencarnación de «El Ama». Para mí lo fue siempre, y siempre la vi como el tipo redivivo del grandioso poema. Antes de conocerla, me la había imaginado así.

Hubo una cosa que no pude imaginarme y que a mi contacto con la familia de Gabriel y Galán me causó un choque espiritual: el nombre. Desideria me resultaba inadmisibile. Yo había soñado para el poeta una esposa a tono con sus versos: Ana María, Teresa, Isabel, Consuelo... A todas éstas las había visto en sus estrofas. Una era aquella de la que dijo:

«No hay bajo el cielo divino  
del campo salamanquino  
moza como Ana María,  
ni más alegre alquería  
que Carrascal del Camino.»

Otra es la que le hizo preguntarse:

«¿Dónde irá sola Teresa  
por la senda que atraviesa  
los barbechos..?»

Otra fue aquella espigadora:

«¿Vas a espigar, Isabel?  
¡Cuánto siento, criatura,  
que manche el sol esa piel  
que tiene jugo y fresca  
de pétalos de clavel!»

Otra, en fin, la que le movió a aconsejar:

«Deja la charla, Consuelo,  
que una moza casadera

no debe estar en la era

si no está el sol en el cielo.»

He de confesar que el nombre de Desideria me descorazonó; pero cuando la conocí y traté, su bondad me hizo olvidar su nombre. Además, como ya he dicho, para mí había sido siempre y siguió siendo nada más que «El Ama».

En aquellos días pasados en Guijo de Granadilla, la sombra de Gabriel y Galán me envolvía constantemente. Más que la visita a su tumba, más que la lectura de sus versos en el atrio de la ermita de «El Cristu Benditu», más que el retrato con crespones que presidía la sala de la casa, era aquella mujer, amada por el poeta, la que avivaba en mí la evocación. Yo estaba ansioso de oirla. Ella, complaciente, me refería detalles y me enseñaba recuerdos y autógrafos.

—En este pueblo —me dijo una vez—, adoraban a mi marido. Poco después de su muerte, corrieron por ahí las voces de que iban a llevarse su cadáver, para enterrarlo en Frades, su pueblo natal, o en Salamanca. Los rumores eran falsos, y así se lo hice saber; pero no se tiaban y los hombres del Guijo montaron guardia con escopetas, de día y de noche, en el cementerio, para impedir que se lo llevaran.

La viuda me enseñó todos los recuerdos que guardaba del esposo, a excepción de unos versos dedicados a ella, que ni siquiera los hijos habían leído, porque no consintió jamás que nadie los viese. Entre estos recuerdos, ocupaba lugar preferente la rosa de filigrana de oro, premio de los aludidos juegos florales de Salamanca. Estaba colocada en su estuche, en el cual había otro hueco vacío. Ella me aclaró:

—En este otro hueco estaba la Flor Natural, una rosa auténtica. Mi marido la puso sobre la tumba de su madre, en el cementerio de Frades de la Sierra, porque la muerte de ella fue la que le inspiró «El Ama».

Viví en Guijo de Granadilla unos días de evocación. Luego traté a doña Desideria en Cáceres, ciudad en la que residió unos años. De su matrimonio vivían sus dos citados hijos, Jesús y Juan, y una hija, nacida después de la prematura muerte del padre. Pura, que así se llamaba la muchacha, no tenía buena salud, y murió pronto, joven y soltera. Vi a la madre llevar con la más cristiana resignación el nuevo dolor de la enfermedad y muerte de aquella joven, a la que también traté mucho. Doña Desideria hacía siempre suya en los dolores la sublime resignación de la última estrofa de «El Ama»:

«¡Dios lo ha querido así, bendito sea!»

Pasaron los años, muchos años — desde 1920 a 1954—, y siguió mi trato afectuoso y cordial con los hijos y la viuda de Gabriel y Galán, aunque a ella no la vi en los últimos tiempos, porque continuaba aferrada a su pequeña aldea, a Guijo de Granadilla. Con los dos hijos residentes en Madrid estuve con frecuencia; pero en todos estos últimos años no coincidí con la madre en sus visitas a la capital de España. Y fue en esta capital, fuera de su marco auténtico de pueblo y campo, donde le sorprendió la muerte.

No quiero silenciar el contraste, porque es verdaderamente curioso: ha muerto en uno de los pocos palacios madrileños que aún siguen vividos en todo su esplendor, entre cuadros de primeras firmas, tapices magníficos y porcelanas finísimas; en el palacio de la calle de San Bernardo, esquina a San Vicente, que la Duquesa de Santa Lucía, anciana y sin descendencia, dejó con toda su fortuna al mayor de los Gabriel y Galán, a Jesús. Conozco este palacio que, pese a sus gustos sencillos, lo habita Jesús, con su mujer e hijos, porque esa fue la voluntad de la que lo nombrara heredero universal. Me lo ha dicho él:

—Tengo que vivir el palacio. La Duquesa me dijo que lo viviera. Yo estaría más a gusto en un piso.

En el suntuoso marco de este palacio, lejos del natal y querido Guijo de Granadilla, cuando coronaba la áspera cuesta de medio siglo de viudedad, entregó su alma a Dios la que fue para mí realidad rediviva de «El Ama».



# ESTAMPAS

DE

# LA PASION

(POEMA)

Por Manuel MONTERRÉY